



Kissinger y Arellza firman el Tratado hispano-norteamericano de 1976, que confirmaba el acuerdo de 1970, prolongación a su vez del de 1953.

más, a la opinión pública. Se estabilizará o desestabilizará, según la óptica, pero sí es seguro que el proceso iniciado en 1938, confirmado en 1953 con la firma de los acuerdos, prorrogado por López Bravo en 1970, ampliado por Arellza en 1976, no va a desaparecer. España dependerá de los Estados Unidos, unilateralmente o a través de la OTAN, es el precio de una Historia perdida. Se puede jugar a "no hablar de ello, como si existiese una verdadera independencia nacional", técnica de los partidos de oposición, pero sólo es una comedia pobremente representada. Unas palabras de José Mario Armero, presidente de Europa Press, reflejan, sobradamente, este tipo de ficción política: "Mr. Todman —se refiere al nuevo embajador norteamericano— sustituye a un gran profesional de la diplomacia, Mr. Wells Stabler (1), que tuvo buen cuidado de no intentar intervenir o inter-

ferir en nuestros asuntos internos durante una etapa tan delicada. Fue una tarea difícil, tal vez en algunos momentos no bien comprendida, pero que hoy permite afirmar rotundamente que el cambio político es obra exclusivamente de los españoles".

En realidad, el "cambio político" se inició en diciembre de 1973 con la voladura del almirante Carrero Blanco, y continuó con la actuación del FRAP y la acción de la "Marcha Verde" —preparada bajo control directo de Henry Kissinger— y la reforma, aceptada en Washington. Había, naturalmente, la voluntad de cambio del pueblo español, pero eso ya era un hecho real varias décadas antes sin que surtiese efecto. Las próximas muertes y secuestros del otoño no harán más que confirmar, trágicamente, el cambio político controlado. España es un ejemplo exportable. Brasil será, posiblemente, el campo de operaciones donde se implantará el módulo español. ■

Los asesinatos de los antidemócratas

El lunes —cuando esta publicación estaba ya en la imprenta— caían dos muertos más de las Fuerzas Públicas: dos miembros de la Guardia Civil, en el barrio de Atocha, de San Sebastián. El sábado por la tarde había muerto otro miembro de las Fuerzas del Orden, un policía armado, en Vitoria, mientras dos de sus compañeros quedaban gravemente heridos.

El mismo lunes por la tarde comenzaba en el Senado el Pleno para el estudio final de la Constitución, y es imposible dejar de relacionar unos hechos con otros. El largo calendario de los asesinatos coincide siempre con fechas marcadas por un paso más en el lento camino de la creación de un orden democrático. Demasiado lento, y no dejaremos de culpar de esa lentitud, de la indecisión gobernante, a todos los intentos de lo que se llama "desestabilización", un vocablo mundial. Porque hay una ofensiva mundial contra las formas democráticas, concretamente contra las formas democráticas europeas, y de los países que las tienen de manera más precaria. Adoptarán una forma en Portugal y otra distinta en Italia. En España están adoptando ésta, forzada especialmente en el País Vasco, porque se sabe que es un punto sensible para todo el país. Como en el brote anterior, en el que los asesinatos se cumplieron a la misma hora, y contra el mismo frente de víctimas uniformadas, en Galicia, el País Vasco y Cataluña.

Es imposible que nadie ignore, ni parece aceptable que nadie finja ignorar, de dónde salen esos asesinatos. Tienen un carácter de provocación y están claramente dirigidos contra el proceso democrático. Lo saben los compañeros de los asesinados, lo saben sus mandos, no pueden dejar de saberlo quienes los comentan y muestran. Los asesinatos y el terrorismo no son fruto de la democracia, como se ha llegado a decir, sino que son precisamente actos concretos contra la democracia, con intención de evitar que llegue a implantarse de una manera oficial y definitiva. Fuera de lo oficial, fuera de los textos, la democracia está implantada ya en España, y ello de una manera irreversible. No pueden prevalecer estos actos, ni pueden incitar a nadie a reaccionar en el mismo sentido que los autores de los crímenes: actuando contra la democracia.

Señalemos, una vez más, el carácter especialmente odioso de esta forma de asesinatos, que se realizan indiscriminadamente contra cualquier miembro de las Fuerzas Públicas que vista uniforme, muchas veces al amparo del azar y sabiendo que las armas de defensa que estos guardias llevan consigo son prácticamente ineficaces contra el asesinato por la espalda o la sorpresa a la vuelta de una esquina.

No parece que las respuestas que se intentan desde el Ministerio del Interior y sus incesantes reuniones, ni las leyes especiales contra el terrorismo, hayan podido dar el menor resultado contra esta acción planeada. Tampoco fue la dictadura una respuesta: bajo ella se cometió uno de los más espectaculares actos de terrorismo de la historia del país, el que se llevó la vida del presidente del Gobierno, señor Carrero Blanco. La única respuesta clara es la de acelerar el camino constitucional y el desarrollo máximo de la democracia a partir de esa Constitución, que está costando ya demasiada sangre de inocentes: de rehenes de las fuerzas antidemocráticas, revestidas con diversas siglas, pero con una única y clara intención. No permitir que esa intención prevalezca es, por ahora, la defensa más visible. ■

(1) Ver TRIUNFO, 795, "España, caso cerrado".